



LA OBEDIENCIA DE LA IGLESIA

Josef Sudbrack, S.J.

Un jesuita alemán reflexiona con honradez y valentía en lo que significa la autoridad en la Iglesia. Condensamos ligeramente el artículo "Servante des serviteurs de Dieu" publicado en la revista francesa CHRISTUS, 25 (1978), 339-346.

Desde la alta Edad Media, los Papas acompañan su firma al pie de las bulas solemnes con el título "Servus servorum Dei", "Siervo de los siervos de Dios". Atestiguan así la autocomprensión de la Iglesia que se reconoce como puesta al servicio de aquellos que se han sometido a la voluntad de Dios, obediente a quienes obedecen a Dios. La Iglesia servidora de la humanidad.

1. El problema: la dialéctica del amo y del esclavo.

No se puede dudar de la buena voluntad expresada bajo ese título. Ciertamente que la Iglesia ha conocido y conoce todavía dentro de ella la injusticia y la malevolencia. Pero la mayor parte de sus representantes se han reconocido siempre

y se reconocen aún miembros responsables de una comunidad que quiere ser la servidora obediente de Dios y, en consecuencia, servidora de los hombres.

Las complicaciones no provienen del plano de las buenas intenciones. Nacen dentro de esa paradoja que T. W. Adorno señalaba al subrayar que es precisamente la buena voluntad la culpable de los peores crímenes de la humanidad. Hay una dinámica de relaciones que es más fuerte que las intenciones humanas. Desde la época de la Reforma, y antes sin duda, aunque en tono menor, la Iglesia atrajo sobre sí la crítica de que aspiraba al poder y esclavizaba a los hombres. ¿No vuelven a escucharse juicios parecidos?. "Jesús predicaba el Reino de Dios... y lo que vino fue la Iglesia". O este otro: "Se ha abandonado el anuncio del Dios Padre por los dogmas, que no son sino el instrumento de la dominación eclesiástica en el saber y en la acción" (frase en que pueden reconocerse las tesis de Harnack y de Loisy). Pareciera que la evolución de la Iglesia hubiera sido de la siguiente forma. Al principio se produjo el brote incontenible del mensaje de vida, una común aspiración, una común marcha hacia Dios. Pero más adelante el mensaje fue monopolizado por un pequeño grupo de poseedores del saber y del poder. En lugar de la palabra liberadora y del rito comunitario quedaron los especialistas y la autoridad sacral. El poder cayó en las manos de una minoría. Ellos podían cerrar o abrir la puerta hacia Dios. Podían otorgar o rehusar los medios de salvación. En lugar de los caminos que llevaban a Dios quedaron instituciones que servían de pantalla entre Dios y los hombres. En lugar del servicio se tuvo la dominación. Y, puesto que en todo esto se trataba de Dios, esta dominación se revestía del manto de lo divino. En resumen, el célebre análisis hegeliano del amo y el esclavo se habría verificado también en la Iglesia de Dios.

No es este el lugar para definir lo que pueda haber de exacto y de inexacto en esta teología de la historia. Son conocidos los puntos candentes de este debate: helenización del cristianismo, el pecado de Constantino, la ambición dominadora de la Iglesia de la Edad Media, el secularismo de los Papas del barroco. Los expertos discuten sobre esto. Para clarificar nuestro problema nos basta subrayar los puntos siguientes:

a) Nadie con un mínimo de ciencia y prudencia duda hoy sobre el hecho de que Jesús haya transmitido - implícita o expresamente - a sus discípulos un poder de orden. Es este un dato sociológico probado que es fácil distinguir ya desde la Iglesia primitiva. Cada comunidad se define y limita respecto al exterior, y se estructura en su vida interna. Sin estatutos, ritos, lugares, leyes, no es posible una vida común. Y con ello, quieráselo o no, se dan estructuras de poder: autoridad y subordinación.

Por la fe en la encarnación, el cristiano confiesa que Dios y su mensaje han asumido las formas de legalidad que ofrece el mundo. Esto no sólo vale para el "hombre" Jesús, sino también para su "comunidad", la Iglesia.

Hans Urs von Balthasar va tan lejos en este sentido que no sólo plantea la pregunta: "¿Qué es la Iglesia?", sino "¿Quién es la Iglesia?". La Iglesia tiene una individualidad casi personal en relación a los hombres a los que conduce a Dios, y en relación con Dios hacia el que los conduce. En continuidad con la teología de la historia de los Padres de la Iglesia, el teólogo alemán se atreve a llamar a la Iglesia "alguien".

b) Ahí apunta evidentemente el peligro al que la Iglesia ha sucumbido más de una vez. En lugar de atenerse a lo que viene de Dios y conduce a él, sus representantes han confundido sus propios objetivos con los de Dios. So capa de obediencia, han vivido para sus propios intereses. De ahí esa caricatura cruel de un príncipe de la Iglesia: con la cabeza modestamente inclinada (obediencia), derriba todas las murallas (búsqueda de los propios intereses). Tan grande es la pretensión de ser obediente a Dios y por Dios, que la perversión se despliega en ella de modo particularmente terrible. No es necesario atribuir la causa de esta desviación únicamente a la mala intención. Puede provenir de la naturaleza de las cosas mismas, de la naturaleza de esta extraordinaria autoridad que Dios ha dado a su Iglesia.

2. La estructura: la doble obediencia.

No es pues suficiente el imperativo moral para evitar las desviaciones de la Iglesia y sus, con frecuencia, terribles consecuencias (piénsese en la Inquisición o en las matanzas de judíos). Lo que está en juicio no es simplemente la mala intención, sino una propensión inherente a las estructuras. Para desarrollar este punto hace falta primero a clarar un poco la forma que tiene la Iglesia de estructurarse. Por una parte, actuar con plena autoridad, por otra, so meterse totalmente a la plena autoridad de Dios. Practicar y exigir la obediencia al mismo tiempo y sobre la misma materia.

La tradición mística ha descrito a menudo el itinerario individual hacia Dios como un "entrar en el centro de sí mismo" seguido de un "subir por encima de sí mismo a Dios". Agustín habla de un caminar del "extra" hacia el "infra" para de ahí pasar al "supra". El camino a Dios pasa por el núcleo esencial del yo. Pero, a poco que se tenga en cuenta la totalidad del hombre, ese núcleo esencial debe ampliarse del "yo" al "nosotros". Tanto en Lucas como en Juan o Pablo, el Espíritu de Dios, que guía a cada uno a su propia interioridad, es puesto siempre en relación con el "nosotros" de la comunidad y no con el "yo" aislado. El nosotros interhumano es el lugar primario, el centro en que el hombre encuentra a Dios. Nadie, ni siquiera el Ermitaño a quien se mira como un solitario, encuentra al Dios verdadero en la soledad de las ascensiones espirituales; todos - incluso el ermitaño - encuentran a Dios en vinculación con la búsqueda común de los hombres y arraigado en el entramado social. Es lo que Jesús al menos piensa cuando enlaza, inseparablemente, el amor a Dios y el amor al prójimo.

Ahí precisamente es donde la Iglesia encuentra - para emplear una conocida expresión - su "Sitz im Leben", su contexto vital. Ella es la expresión visible y palpable de que el hombre no encuentra el camino a Dios sino como hombre-con los-hombres, como miembro de la comunidad. El camino de la mística hacia la interioridad de sí mismo para de ahí elevarse a Dios, debe ampliarse hasta la abertura a la comunidad del nosotros para en ella encontrar a Dios. Ahí encuentra la Iglesia su puesto, la comunidad del nosotros. Esa es la medida de su inmensa responsabilidad.

La Iglesia debe, pues, mirar al mismo tiempo en dos direcciones, debe obedecer por dos lados. Debe abrir los hombres a Dios - por consiguiente no le es lícito seguir sus propios caminos, sino sólo los de Dios -. Debe - místico don de lenguas - dejarse determinar en su propia interioridad por el "de lo alto" de Dios. No es sino en esta obediencia que la Iglesia es Iglesia de Cristo.

Al mismo tiempo la Iglesia se somete a los hombres. Es para los hombres, de igual modo que el sábado de que habla Jesús es para el hombre. La Iglesia no presenta solamente la ley de Dios a los hombres; es también la abogada de los hombres ante Dios.

En la escolástica del barroco, se llamaba esta doble función "mediación" de la Iglesia. La palabra nos suena ahora algo extraña. Pero bien comprendida nos permite descubrir este hecho fundamentalmente humano: la dimensión social no es una especie de pegote añadido al hombre individual, es una característica esencial. Todo hombre es al mismo tiempo "yo" y "nosotros". Por eso la fe cristiana es al mismo tiempo una fe del "yo", que aparece como el responsable, y una fe del "nosotros", cuya visibilidad hace surgir, en último término, la Iglesia.

Por los dos lados la Iglesia debe escuchar y ser obediente. Que en ello no se da una duplicación, sino una unidad, es lo que la fe nos dice. Hay un solo Espíritu, fuente de vida divina; hacia él se vuelve la obediencia de la Iglesia en su relación con Dios, hacia el mismo que "gime y suspira" en el hombre vuelto hacia Dios. Sea, pues, que la Iglesia se vuelva a Dios o a los hombres, no hay en el fondo más que una sola obediencia. Pero, dados los condicionamientos de la existencia humana, esta unidad esencial se rompe y la fisura es con frecuencia tan grande que toda reunificación parece inimaginable.

De ahí el peligro: que la Iglesia juegue uno de los aspectos de la obediencia contra el otro. Dios, con abandono del hombre, el hombre, con descuido de Dios. La unidad de ambos es total: Dios en el hombre, el hombre para Dios. Por eso la principal obligación de la Iglesia es reforzarse continuamente en su tarea fundamental: ser para Dios y para los hombres. Obede-

cer a Dios, cuya palabra y autoridad trasmite; y obedecer a los hombres, en los que es - como dice Pedro - edificio hecho de "piedras vivas". Utilizando la teoría de la información, podemos hablar aquí de un "equilibrio activo", es decir, de un equilibrio en que las fuerzas y contra-fuerzas no se anulan de una vez por todas, sino que, comifiéndose sin cesar, ven sus relaciones constantemente modificadas. Una Iglesia que deja de reafirmarse en esta doble obediencia, deja de ser Iglesia.

3. *La tarea: la triple escucha.*

Se pueden precisar más los factores de este "equilibrio activo". Nos serviremos de la categoría de la "obediencia", tan fundamental en la Biblia.

a) A la Palabra de Dios en el mensaje de Jesús "hecho Escritura".

El Vaticano II nos ha enseñado a ver con ojos nuevos la relación de la Iglesia con la Biblia: una manera de beber sin cesar de la fuente de la revelación divina. Traduzcamos esta visión, todavía abstracta, en términos más concretos, para poder medir su importancia.

En ciertos períodos pasados, la teología se ha lamentado, más o menos claramente, de que en la Sagrada Escritura no quede más exactamente determinado lo que es verdad y mandato divino, que las máximas que emplea Jesús para entregar su mensaje no están formuladas con la evidencia que caracteriza las de otros grandes hombres. Ahí está precisamente la raíz del cristianismo vivo: en su origen no apunta a un cuerpo de doctrina, sino a una abundancia de vida. Si todo, dogmática y moralmente, hubiera estado desde el comienzo recogido en documentos de una claridad evidente, el cristianismo se hubiera encontrado fijado a un tiempo y a una geografía determinados. No, el cristianismo es vida. Su riqueza no queda agotada por fórmulas. Es como la supervivencia de una obra maestra. Nunca se termina de ocuparse de la realidad "Jesús"; hay que considerarla y comprenderla siempre de nuevo. Sólo un incesante diálogo con la Escritura, una incesante escucha de la palabra

de Dios que nos ha sido dada en Jesús, mantienen viva a la Iglesia.

A lo largo de la última centuria, innumerables hombres de estudio y de espiritualidad han renovado y profundizado la Escritura en muchísimos aspectos. Ciertamente se trata siempre de la misma y única Escritura, pero son incontables las nuevas percepciones adquiridas por medio del contacto con la Escritura tanto sobre la sexualidad humana como sobre las estructuras políticas y sobre el mismo Jesús como hombre entre los hombres. De ahí se puede medir lo que esta continua escucha de la palabra de Dios en la Iglesia le proporciona de vitalidad en cada generación.

b) Al Espíritu de Dios en las llamadas del presente.

Gracias a la lingüística moderna se ha reconocido que las palabras cambian de significado según el contexto lingüístico en que son empleadas. Esto se aplica también a la palabra con que el mensaje de Dios ha sido comunicado. También la Iglesia debe aplicar el oído a los tiempos que corren, para poder encarnar la Palabra de Dios en el lenguaje y la cultura de la actualidad.

No se trata aquí de un proceso puramente formal, como si bastase manipular un depósito de dogmas y leyes morales para revestirlos de un discurso adaptado a la moda. El viejo proverbio "Vox populi, vox Dei", bien entendido, muestra la alerta que debe mantenerse la vida de la Iglesia a la época que atraviesa, lo importante que es para ella escuchar en la voz de su actualidad la voz de su Dios. Pongamos un ejemplo: el concepto mismo de Iglesia. ¿Qué transformaciones ha sufrido. En menos de una generación se ha pasado de la Iglesia como "sociedad perfecta", a "cuerpo de Cristo" y a "Pueblo de Dios". Y cada vez se nos hace más claro (aunque aún estamos lejos de una suficiente claridad) que la Iglesia, por el encuentro con las culturas y religiones del vasto mundo, va a tomar una nueva imagen, tan nueva que quizás no somos hoy en día capaces de presentirla. Esto no significa que la Iglesia deba ceder ante la moda de los tiempos; significa que sólo una Iglesia que está a la escucha del Espíritu de Dios presente en el Espíritu que anima a cada época es obediente a Dios.

c) Al misterio de Dios en la abertura al futuro.

Según Pablo, todo es nuestro; nosotros somos de Cristo; pero Cristo está en Dios (cfr. 1 Cor. 3,22). Con esto remite a los cristianos y a la Iglesia al Dios del futuro, que es muy distinto del que nosotros los hombres nos representamos.

La Iglesia debe preocuparse por lo que va a suceder, debe hacer planes, abrir caminos, proponerse objetivos, buscar medios, empeñar fuerzas. Pero el futuro está en Dios, sólo en Dios. Esta abertura, cualquiera que sean las disposiciones tomadas, vale no sólo para cada individuo, sino más todavía para la comunidad eclesial. Todos los planes se realizarán... entre los paréntesis divinos, pues Dios es el "Deus maior", siempre más grande y distinto de la imagen que de él nos hacemos. Ningún hombre, y tampoco la Iglesia, puede adueñarse del porvenir. En definitiva no es nuestro propio poder el fundamento sobre el que construimos; tenemos confianza en la bondad de Dios.

Esta obediencia al misterio de Dios tiene consecuencias profundas para la comprensión dogmática que la Iglesia tiene de sí misma y de su praxis. Recordemos la radical transformación experimentada por la fe eclesial respecto a los no creyentes. La Iglesia seguía un falso camino cuando, en tiempos pasados, remitía al juicio condenatorio de Dios a los que no creían o creían de forma diferente. Sabemos que Dios está presente en su Iglesia como verdadera heredera de Jesús, pero sabemos al mismo tiempo que los caminos de Dios son más distintos de lo que nadie puede pensar. Así, sobre un punto decisivo, la Iglesia ha aprendido en pocos decenios a renovar la confianza en el futuro de Dios, por encima de la seguridad que pueden darle su ciencia y sus planificaciones.

* * *

De todo lo dicho una cosa resalta: la certeza de que la Iglesia escucha mejor a Dios, cuando aplica el oído a los hombres, y que presta un mejor servicio al hombre, cuando ella se inclina ante Dios. Es así como cumple su tarea de ser servido-ra de Dios, ya que sirve a quienes sirven a Dios.